

tento hacia mucho tiempo en aquellos cuartos desiertos, ó que, suposicion mas funesta todavía, eran las reliquias que habian dejado allí algunos de aquellos peregrinos desarrapados que encontramos en el camino, no pudimos cerrar los ojos y pasamos la noche entera mudando de sitio para huir de aquella peste; así fué que uno de nuestros compañeros de viage, á pesar de nuestras exhortaciones para que tuviese paciencia, acabó por ir á refugiarse en el convento. Vino á vernos el procurador general, y nos dijo que, si le hubieran avisado, hubiera hecho disponer mejor posada para recibirnos, y prometió arreglarlo para el dia siguiente: — me deshago en escusas, le aseguro que no carecemos de nada, y todavía me avergüenzo de nuestro poco sufrimiento delante de aquel humilde apostol de la pobreza y de la abnegacion.

« El procurador general era un español de superior capacidad, dotado de una alta inteligencia de los hombres y de las cosas. Durante nuestra residencia en Jerusalem, tuve ocasion de apreciar particularmente su indulgente bondad, su mérito y la utilidad de su influjo en el convento de la Tierra Santa; pero de edad apenas de cincuenta años, su carrera de pruebas debia acabar en este mundo por el martirio, — en el momento tal vez en que esperaba disfrutar algun

descanso en su pais natal. Habiéndose embarcado, poco tiempo despues de nuestra partida, para volver á España, fué asesinado con otros quince religiosos por unos marineros griegos no lejos de las costas de Chipre. Un muchacho musulman, el único que escapó de la matanza, persiguió y denunció á los asesinos, que fueron cogidos en Caramania.

« Al amanecer del dia siguiente empezamos á visitar los santos lugares; pero aqui debo detenerme y callar las íntimas sensaciones que me inspiraron aquellos sitios, porque todas me son personales. Tampoco hablaré del aspecto de las calles de Jerusalem ya descritas por mis compañeros de viage. Encerré en mi corazon todas mis impresiones, y cierto que ninguna necesidad tenia de escribirlas, pues eran harto profundas para que se borren nunca de mi memoria; si hay sitios en el mundo que tienen la dolorosa facultad de despertar todo lo que hay de tristeza y de luto en el corazon humano, y de responder al dolor interior con un dolor, por decirlo así, material, estos son seguramente. Cada paso que se da aqui resuena hasta el fondo del alma, como la voz de las lamentaciones, y cada mirada cae sobre un monumento de santa tristeza que absorbe nuestras tristezas individuales en aquellas inefabes miserias de la humanidad que fue-

ron padecidas, expiadas y consagradas aquí!

« Salimos de Jerusalem á las cinco de la mañana á fin de llegar á Belén á la hora en que se dice misa en la gruta de la Natividad; un anciano religioso español, de larga barba, cubierto de un *machlah*<sup>1</sup> listado con anchas rayas negras y blancas, y cuyos pies tocaban el suelo pues iba montado en un horriquillo muy pequeño, iba delante y nos servia de guia. Aunque estábamos en el mes de abril, un viento glacial soplaba con violencia y amenazaba derribar á mi caballo y á mí con él; aquella ventisca era el último resto del huracan que habia revuelto el mar de Jafa. El polvo que se alzaba en remolino me cegaba, abandoné las riendas de mi yegua á mi saís árabe, y embozándome bien en mi *machlah*, me concentré en las reflexiones que inspiraban naturalmente el camino que seguíamos y los objetos consagrados por la tradicion; pero estos objetos son demasiado conocidos, y no me pararé á describirlos; — el olivo del profeta Elias, — la fuente donde se volvió á aparecer la estrella á los magos, — el sitio de Rama de donde salia la amarga voz que resonaba en mi propio corazon, todo escitaba en mí sensaciones demasiado íntimas para espresarlas.

<sup>1</sup> Capa beduina.

« El convento latino de Belén habia estado cerrado once meses á causa de la peste, pero ya hacia algun tiempo que no habia habido nuevas víctimas, y cuando nos presentamos en la puercecilla baja que da entrada al monasterio, se abrió para nosotros; despues de haber pasado uno á uno, agachándonos bajo la estrecha abertura, nuestro primer movimiento fué de sorpresa al hallarnos en una magestuosa iglesia; cuarenta y ocho columnas de marmol, cada cual de una sola pieza, colocadas en dos hileras á cada lado, formaban cinco naves, coronadas por un macizo maderamen de palo de cedro, pero en vano buscamos el altar y el púlpito; todo estaba hecho pedazos, y una pared groseramente labrada dividia aquel hermoso buque en el nacimiento de la cruz, y ocultaba asi la parte reservada al culto que todavía se disputan las diversas comuniones cristianas. La nave pertenece á los Latinos, pero no sirve mas que de vestíbulo para el convento; se ha tapiado la puerta principal, y la poterna baja por donde penetramos se habia abierto para preservar aquellas veneradas reliquias de la profanacion de las hordas de Arabes bandoleros que entraban á caballo hasta al pie del altar para coger á los religiosos y exigirles luego buenos rescates. — El padre superior nos recibe con cordialidad; — su rostro afa-

ble, sereno y contento está tan distante de la austeridad del anacoreta como de la jovial incuria de que se acusa á los frailes ; nos hace varias preguntas acerca del pais que acabamos de recorrer y de las tropas egipcias acampadas tan cerca de ellos. Once meses de reclusion le tenian sediento de noticias, y se tranquilizó enteramente cuando supo que Ibrahim-Bajá concedia proteccion á las poblaciones cristianas de la Siria.

« Despues de algunos momentos de descanso, nos preparamos á oir misa en la capilla del Pesebre ; encienden una linterna, y bajamos, siguiendo á los padres, hasta un largo laberinto de corredores subterranos que es preciso atravesar para llegar á la gruta sagrada. Estos subterranos estan poblados de sepulturas y de recuerdos ; — aqui está el sepulcro de san Gerónimo, allí el de santa Paula, aquí el de santa Eustoquia, allí el Pozo de los Inocentes, pero nada puede fijar nuestra atencion en este momento : la brillante claridad de treinta ó cuarenta lámparas, bajo una pequeña bóveda, en el fondo del pasadizo, nos muestra el altar construido en el sitio mismo de la natividad, y dos pasos mas abajo, á la derecha, el del Pesebre ; estas grutas naturales estan en parte tapizadas de marmol para sustraerlas á la indiscreta devocion de los peregrinos que desgarraban sus paredes para lle-

vase algunos fragmentos, pero todavía se puede tocar la roca pelada detras de las losas de marmol con que se ha cubierto, y el subterranos en general ha conservado la irregularidad de su forma primitiva ; los ornatos no han alterado aquí la naturaleza, como en algunos lugares santos, hasta el punto de inspirar dudas acerca de su autenticidad, y solo sirven para preservar el recinto natural ; asi es que, pasando bajo estas bóvedas y estas aberturas en la roca, se comprende sin dificultad que han debido servir de establos para los rebaños que apacentaban los pastores en el llano, cubierto todavía hoy de verdes praderas, que se estienden á lo lejos bajo la meseta de peñasco que coronan la iglesia y el convento, como una ciudadela ; la salida exterior de los subterranos que comunicaba con la pradera se ha cerrado, pero algunos pasos mas adelante se puede visitar otra caverna del mismo género y que debia tener el mismo destino. — Asistimos á la misa.

« La disposicion de ánimo en que desgraciadamente me hallaba yo entonces me imposibilita expresar lo que deben inspirar estos sitios y estas ceremonias ; todo para mí se reasumia en un profundo y doloroso enternecimiento. Una muger árabe que fué á hacer bautizar su hijo de pocos dias al altar del Pesebre, aumentó la agita-

cion de mi alma. Acabada la misa volvemos al convento, no ya por el subterráneo, sino por una escalera anchay cómoda que remata en el crucero de la iglesia, detras de la tapia de separacion de que he hablado; esta escalera pertenecia en otro tiempo igualmente á las dos comuniones griega y latina; ahora la disfrutan los Griegos solos, y oimos las enérgicas quejas de los padres de Belén sobre tamaña usurpacion; querian que nos encargásemos de apoyar sus reclamaciones en Europa, y nos costó trabajo persuadirles que, aunque franceses, ninguna autoridad teniamos para conseguir que se les hiciese justicia.

« Las dos naves laterales que formaban el crucero de la antigua iglesia estan constituidas en capillas particulares; la una pertenece á los Armenios y la otra á los Latinos. En el centro está el altar mayor colocado inmediatamente encima de la gruta; el coro está separado de él por una verja y un tabique de madera dorada que oculta el santuario de los Griegos.

« La Iglesia griega en Oriente es mucho mas rica que la romana; en esta todo es humilde y modesto, en aquella todo es brillante y fastuoso, pero la rivalidad que nace de su posicion respectiva produce una impresion muy dolorosa: — es muy triste ver chismes y discordias en sitios que no deberian inspirar mas que caridad y amor.

« La construccion primitiva de la iglesia se atribuye á Santa Elena, igualmente que la de la mayor parte de los edificios cristianos de la Palestina. Verdad es que á esto oponen algunos que siendo ya de bastante edad cuando visitó la Siria, no pudo hacer ejecutar tan numerosas obras, pero el pensamiento no exige ni tiempo ni espacio; me parece que su voluntad creadora y su piadoso celo han podido presidir á monumentos empezados por orden suya y terminados despues de su muerte. Volvemos al convento; el buen padre superior nos ofrece una excelente comida en el refectorio, y dejamos con sentimiento á aquel anciano, deseosos de aprovechar las horas que nos quedan para visitar las cercanías. — Al bajar al llano, nos enseñan una gruta adonde dice la tradicion que se retiró la Santa Virgen en el momento de su partida para Egipto. Sobre algunas alturas que señorean á Belén, se ven restos de torres que señalan diferentes posiciones del campamento de los cruzados y que conservan los nombres de aquellos heroes. Los dejamos á la izquierda y bajamos por ásperos y encrespados senderos.

« Al cabo de una hora de camino llegamos á un vallecito estrecho, regado por un límpido arroyo: este es el huerto de Salomon, el *hortus conclusus*, cantado en el cantar de los cantares:

efectivamente, entre las cimas de las montañas de peñascos que le rodean por todas partes, este solo sitio ofrece medios de cultivo, y en todo tiempo es este valle un delicioso jardín, cultivado con el mayor esmero, cuya hermosa y húmeda verdura presenta el mas vivo contraste con la pedregosa aridez de cuanto le circunda. Puede tener sobre media legua de largo. Seguimos el serpeante curso del arroyo sombreado por frondosos sauces, ya costeano sus herbosas márgenes, ya bañando los pies de nuestros caballos en sus aguas transparentes sobre las tersas guijas del fondo, á veces pasando de una á otra orilla por una tabla de cedro, y llegamos en fin bajo unos peñascos que cierran naturalmente el valle. Un labrador se ofrece á servirnos de guía para subirlos, pero á condicion de que echaremos pie á tierra, y daremos nuestros caballos á sus mozos que nos los llevarán á la cima dando largos rodeos.

« Torcemos á la derecha, y subimos penosamente por espacio de una hora; cuando llegamos á la altura, descubrimos los mas hermosos restos de antigüedades que hemos visto todavía, — tres inmensas cisternas, abiertas en la peña viva y siguiendo el declive de la montaña, una encima de otra, en anfiteatro. Las paredes estan tan lisas, las esquinas tan enteras como si acabasen

de recibir la última mano. Sus bordes, cubiertos de losas como un muelle, resuenan bajo los pies de los caballos. Estos hermosos estanques, llenos de un agua diáfana, en la cima de una árida montaña, asombran é inspiran una alta idea del poder que concibió y ejecutó tan vasto proyecto; así es que se atribuyen á Salomon. Mientras los contemplo, mis compañeros de viage los miden y hallan que tiene cada uno alrededor de cuatrocientos pies sobre ciento setenta y cinco; el primero es el mas largo, el último el mas ancho, y tiene lo menos doscientos pies de abertura: van agrandándose hasta la cumbre: — encima de la mas alta de aquellas gigantescas cisternas, un pequeño manantial, escondido entre la verdura, es el *font signatus* de la Biblia, y alimenta él solo aquellos receptáculos que antiguamente se derramaban en acueductos que llevaban el agua hasta el templo de Jerusalem; á cada paso hallábamos en el camino restos de aquellos acueductos. No lejos de allí, antiguos muros almenados, probablemente del tiempo de las cruzadas, rodean un espacio donde la tradicion supone que habia un palacio habitado por las mugeres de Salomon; ya no queda de él ningun vestigio, y el solar, cubierto de estiércol y de inmundicias, sirve actualmente de corral adonde se recogen de noche los pastores y el ganado que van á pasar

en las montañas la estacion de los pastos, como en los Alpes, en Suiza. Volvimos á Jerusalem por un antiguo camino ancho y empedrado, llamado la via de Salomon, camino mucho mas corto y directo que el que tomamos por la mañana, pero ya estaba muy adelantada la noche cuando pasamos por debajo de la bóveda de la puerta de los peregrinos.

« El 25 de abril, despues de haber visitado por última vez el santo sepulcro, pedimos al eclesiástico que nos acompañaba que nos hiciese dar la vuelta por fuera de la iglesia, para darnos cuenta clara de las desigualdades de terreno que esplican la reunion del sepulcro y del calvario en el mismo monumento. Este circuito es difícil porque la iglesia está rodeada de edificios que obstruyen las comunicaciones, pero atravesando algunos patios y algunas casas, conseguimos satisfacernos sobre los puntos que nos interesaban. — Luego montamos á caballo para seguir los muros de la ciudad y visitar las sepulturas de los reyes. — Al norte de Jerusalem, saliendo por la puerta de Damasco, á cosa de media legua, se halla una escavacion en la roca que forma un patio de sobre veinte pies de profundidad, cerrada por tres lados por las paredes de la peña tajadas á cincel, que ofrecen el aspecto de tapias adornadas de esculturas cinceladas en la misma pie-

dra, representando puertas, pilastras, frisos de primoroso trabajo; puede presumirse que el levantamiento gradual del terreno ha disminuido muchos pies la altura de aquella escavacion, porque el boquete que existe á la izquierda para entrar en el santuario es tan bajo que no se puede penetrar en él sino á rastras. Conseguimos con suma dificultad introducimos y encender hachas, con lo que una infinidad de murciélagos, despertados por nuestra invasion, nos acometieron y pelearon, por decirlo así, para defender su territorio, y si la retirada hubiera sido facil, creo que hubiéramos retrocedido ante ellos: poco á poco se fué restableciendo el sosiego, y pudimos examinar aquellas estancias sepulcrales, escavadas y labradas en la peña viva: los ángulos estan tan limpios y las paredes tan tersas cual si los hubiera pulimentado el artífice en la cantera. Cinco visitamos, que comunicaban entre sí por medio de aberturas á las que se aplicaban, sin la menor duda, algunas piedras labradas en forma de puertas, que yacian por el suelo, y hacian presumir que cada estancia estaba cerrada y sellada cuando los nichos abiertos en las paredes para recibir los sarcófagos ó las urnas cinerarias estaban llenos. ¿Quienes eran ó debian ser los habitantes de aquellas moradas dispuestas con tanto dispendio? Todavía está esto en duda;

muchas son las opiniones en punto á su origen ; el interior, que es sencillo y grandioso, puede ascender á la mas remota antigüedad ; nada determina su época. La escultura exterior parece de un trabajo harto acabado y de un gusto harto puro para pertenecer á los remotos tiempos de los reyes de Judea ; pero desde que he visto á Balbek, mis ideas se han modificado mucho en punto á la perfeccion á que llegó el arte antes de las épocas conocidas.

« Proseguimos nuestro paseo por entre algunos olivares, y volviendo á bajar al valle de Josafat, subimos luego hácia el mediodia por los muros de Sion. — La sepultura de David, el santo cenáculo y la iglesia armenia que posee la piedra sellada en la entrada del Santo Sepulero, nos determinaron á volver por esta puerta, *Bab el Daoud* ; pero cuando quisimos visitar el subterráneo donde la tradicion pone los huesos del rey profeta, los Turcos se opusieron á ello y nos dijeron que estaba absolutamente prohibida la entrada : suponen que hay inmensas riquezas enterradas en esa sepultura real, que los extranjeros saben donde están, y que vienen con objeto de descubrirlas y robarlas.

« El santo cenáculo es una gran sala abovedada, sostenida por columnas y ennegrecida por el tiempo ; si la vejez se admite como prue-

ba, presenta las señales de una remota antigüedad : situado sobre el monte Sion, fuera de los muros de la ciudad de entonces, seria muy posible que los discípulos se hubiesen retirado á él despues de la resurreccion, y que se hallasen reunidos allí en la época de Pentecostés, como aseguran las tradiciones populares. Aunque el saco de Jerusalem, en tiempo de Tito, no dejó en pie mas que las torres y una parte de las murallas, los solares quedaron suficientemente indicados, y los primeros cristianos debieron dar grande importancia á perpetuar su memoria por medio de construcciones sucesivas, en los mismos sitios, y muchas veces con los escombros de los antiguos monumentos ; pero es inutil entrar en pormenores sobre Jerusalem, asunto sobre el cual está ya dicho cuanto hay que decir ; solo añadiré cuatro palabras, en un todo independientes de los recuerdos religiosos, sobre el aspecto de aquella aldea de sepulcros (Siloa) que se me ha quedado impreso como un cuadro. Esta poblacion toda de Arabes salvages, que viven en cuevas y en grutas sepulcrales, ofreceria á un pintor una escena de las mas originales ; — figúrese el lector, en el profundo valle de Siloa, unas cavernas que presentan sus aberturas como bocas de hornos puestos unos sobre otros, diseminados en la ladera de un peñasco, ó como secciones irre-

gulares de una colmena partida, y de estas cuevas sepulcrales, de esta morada de los muertos, saliendo, como fantasmas, seres vivos, hombres, mugeres, niños. — No sé si este asunto ha sido manejado por algun pintor, pero me parece que ofrece al pincel todos los contrastes y todas las armonias juntamente.

« El 26 de abril echamos las últimas miradas sobre Jerusalem, y tomamos tristemente el camino de Jafa. — Al entrar en el valle de Jeremias, llaman nuestra atencion los sonidos de una música agreste, y vemos á lo lejos toda una tribu árabe desfilando por la ladera del collado; — envío al dragoman á averiguar qué significa aquello, y vuelve á decirnos que toda aquella muchedumbre está reunida para el entierro de un caudillo, y que podemos avanzar sin recelo. — Luego nos cuenta que aquel caudillo habia muerto de repente la víspera en la caza, por haber respirado una planta venenosa; pero el caracter conocido de los Arabes de Naplusa, cuyo trage llevaban los que veiamos, nos hizo creer que mas bien habria sucumbido víctima de la animosidad de algun caudillo rival. — A pesar de sus hábitos guerreros y de su ademan imponente, la credulidad de estos sencillos pueblos se parece á la de los niños; todo lo maravilloso los cautiva y no escita en ellos la menor descon-

fianza. — Un Arabe amigo nuestro, hombre de mucha inteligencia y saber, nos ha asegurado muchas veces, en tono de conviccion, que un jeque del Líbano poseia el secreto de las mágicas palabras que se emplearon en los tiempos primitivos para remover las gigantescas moles de Balbek, pero que era demasiado buen cristiano para servirse nunca de ellas ó para divulgarlas. — Aceleramos el paso de nuestros caballos, y pronto alcanzamos á la procesion; en el centro iba el ataúd sobre unas andas, cubierto con ricos paños, y encima de ellos puesto el turbante de los Osmanlis; varias mugeres árabes, desnudas hasta la cintura, con el cabello suelto sobre los hombros, los pechos acardenalados, los brazos en alto, precedian el cuerpo, dando alaridos, entonando lúgubres cánticos, retorciéndose las manos y arrancándose los pelos; unos músicos, tocando el *tanble* y el *dahiere*<sup>1</sup>, acompañaban las voces con un sordo y continuo redoble. — Al frente de la procesion iba el hermano del difunto; su caballo, cubierto de hermosas pieles de angola, adornado con borlas de grana y oro que se mecian sobre la cabeza y el pecho, se ponía de manos asustado por el estruendo de aquella desacorde música; los sacerdotes, vestidos de

<sup>1</sup> Especie de tamboril.



gran gala, aguardaban la comitiva, delante de la puerta de un sepulcro coronado por una cúpula que sostenia una ligera columnata; — en frente se hallaba la iglesia arruinada, cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis. — Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete, y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces; — aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre, aquellos himnos de desesperacion espresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremias este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico. »

---

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantín y la playa. — Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia. — Al fin llegamos á los costados del buque, pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos; — esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas. — Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias;